



HISTORIA

Reflexiones sobre historias locales castellano-manchegas

Luis E. Esteban Barahona

Los últimos años, siguiendo una política editorial de años anteriores, nos han traído la publicación de algunas historias de pueblos de la Comunidad de Castilla-La Mancha¹. Sin entrar en ninguno en particular, intentaremos exponer algunas ideas sobre la evolución de la historia local regional y ofrecer algunas sugerencias de futuro.

A los diez años, no parecen asumidas las palabras pronunciadas por el profesor Artola en la lección inaugural del Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, sobre el nuevo tipo de historia local y regional:

...como balance final, insistiré en un hecho felizmente hoy corroborado en este Congreso... Se ha superado la erudición local. Hoy se hace historia regional y local para conocer los grandes procesos históricos, rescatando fuentes, exhumando documentos, profundizando en la historia de esos miles de hombres que día a día van realizando esa Historia, con mayúscula, que tanto nos preocupa (Actas, I, p. 14).

Queremos señalar el interés de cualquier libro que se refiera a nuestras tierras. No excesivamente conocidas, ni estudiadas. A partir de ahí pocas más aportaciones podemos reconocer. Por usar una palabra no excesivamente lesiva, diremos que son *historias desfasadas*. No aportan nada, no conocido, al devenir histórico de estas tierras.

Los postulados historiográficos de las obras están más cercanos a las escuelas de los primeros años del siglo xx, que a las nuevas corrientes. No son obras concebidas para estudiar una zona geográfica específica, sino para destacar la idiosincrasia del pueblo tratado, señalar todo aquello que lo diferencia del vecino y del resto del país. Sus introducciones reúnen frases suficientes demostrativas de estas aseveraciones. Tras esta postura historiográfica hay una ideología que rezuma sabor localista y pequeña historia patria.

Al partir de esa concepción ideológica, la metodología utilizada es trasnochada. La historia del pueblo son

acontecimientos específicos, o se intenta demostrar que lo son. Resulta que no dejan de ser idénticos a los que se desarrollan en otros puntos de la comarca o de la nación. No se señalan estas similitudes, perdería el carácter de *único* que se intenta dar al suceso resaltado. El acontecimiento prima sobre lo cotidiano². Para demostrar su exclusivismo se recurre a la reproducción, más o menos literal, del documento conservado, o de la transcripción realizada, con mayor o menor fortuna, en siglos posteriores. Este enfoque metodológico lleva a que solamente los acontecimientos ocurridos en la historia medieval y moderna sean tratados con detenimiento, pasando por encima la historia contemporánea reciente, que exigiría otros métodos, y la cual se valora negativamente o es productora de conflictos³.

La nueva metodología histórica (con algunos años encima ya, apoyada en los aportes teóricos y metodológicos de la escuela francesa de los *Annales*, del materialismo histórico y del estructuralismo) ofrece una cantidad de exploraciones —muchas veces sólo pueden concretarse en la historia local— que harían su relación interminable: las estructuras demográficas, económicas, sociales; las relaciones entre las diversas clases y grupos sociales; las luchas por el poder local y señorial; la posesión de riqueza; las mentalidades...⁴ Muchas posibilidades abiertas, que no se encuentran en los libros reseñados y que, sin duda, retratan mejor la vida de los antiguos habitantes permanentes de nuestros pueblos y villas. El estudio de estos temas nos llevaría a la conclusión de que este pueblo o aquel otro no es diferente entre sí, sufren las mismas penurias y alegrías, a unos ritmos diferentes, o en unas circunstancias específicas. Hay que buscar en el interior las similitudes de la historia particular.

Un tema siempre recurrente son las fuentes. No puede hacerse una historia completa e innovadora sin la existencia de una riqueza documental. He aquí una gran contradicción: los libros reseñados usan fuentes justo de las épocas que con menos testimonios contamos, la medieval, pasando por alto toda la rica documentación

existente sobre las edades moderna y contemporánea⁵ ¿Por qué? La respuesta vuelve a estar en el enfoque historiográfico positivista. Conocen el valor de las fuentes, pero sólo consideran aquellas que resaltan los valores de su pueblo o cuentan con la pátina del tiempo. Los autores de estas obras presentan dos problemas en su acercamiento a las fuentes: uno de originalidad y otro de lectura⁶.

Las fuentes consultadas por los autores de estos libros son, salvo escasas excepciones, conocidas de antemano. En sus escritos sólo confirma su existencia, ofrecen la transcripción completa y, si es factible, nueva. El acercamiento técnico a estas fuentes es descriptivo. Sólo sirven para una historia diacrónica del pueblo. Algunos autores realizan un recuento sucinto de los fondos existentes en los archivos locales, de gran utilidad para futuros estudiosos. En la actualidad existe una metodología que permite un acercamiento riguroso a estos documentos y encontrar en ellos nuevas preguntas y respuestas, muy lejanas a los empiristas de los primeros años del siglo XX, y que permite estudiar otra serie de documentación.

Muchos problemas señalados en los puntos anteriores tienen su origen en la bibliografía consultada. Si los libros reseñados pecan de un enfoque localista, no menos lo tiene la bibliografía utilizada, donde priman las repeticiones de libros conocidos, con el único interés de hacer alguna referencia al pueblo estudiado. Utilizan la producción editorial anterior sin someterla a un análisis de contenidos. Algunos libros publicados recientemente, con un enfoque historiográfico sugerente o una metodología moderna, están ausentes de sus citas.

La mayoría de estos libros, junto a la historia de la localidad, ofrecen otra serie de informaciones: canciones, costumbres, fiestas, etc., en un intento de hacer un retrato global del pueblo. Esta idea de *globalidad* es un tanto ficticia. Se quedan en su reseña o transcripción, sin obtener de ellas toda la riqueza informativa que contienen, una vez sometidas al cedazo de un buen análisis. Infinidad de trabajos publicados, sin ir más lejos en la *Revista de Etnología de Guadalajara*, reflejan el tratamiento a darles. De esta manera, algo en trance de desaparecer adquiriría vida y sentido histórico, mientras que así aparece muerto, o sólo de interés para sus conocedores. Con otro tratamiento se superaría

*no ya el concepto anticuado de folclore como mera cosecha de curiosidades, sino incluso la postura de quienes no veían en las ideas, creencias y configuraciones del mundo de las clases subalternas más que un acerbo desordenado de ideas, creencias y visiones del mundo elaboradas por las clases dominantes quizás siglos atrás*⁷.

Lo anterior no quiere decir abandonar un sentido de *totalidad*, es en la historia local donde el enfoque de

historia total adquiere su verdadero sentido. Tampoco debemos rechazar una historia de los acontecimientos, pero situados en su trasfondo histórico y paisajístico. El profesor Julio Valdeón resume muy acertadamente el concepto de la nueva visión local:

*...la historia local... no debe en modo alguno abandonar su interés por los acontecimientos específicos del núcleo objeto de su análisis, pero al mismo tiempo tiene que tener como meta principal la construcción de una historia integradora, en la que estén articulados los diferentes niveles de la praxis de las sociedades humanas*⁸.

Y relacionarlo, con el devenir de la sociedad nacional en su conjunto.

Cuando criticamos este enfoque historiográfico lo hacemos desde unas coordenadas puramente intelectuales, con el convencimiento que existen unas alternativas más sugerentes para conocer la vida de nuestros pueblos. Debemos dejar el determinismo de la historia externa, para adentrarnos en la vida interna de nuestros antepasados, de aquellos que forjaron con su sudor y trabajo las realidades que dieron al pueblo su forma actual. En el mismo artículo el profesor Valdeón refiere algunos de los problemas a estudiar en historia medieval, sin duda la de menor *corpus* documental: la familia y las relaciones de parentesco, el mercado local y su desarrollo, las instituciones locales de gobierno, las manifestaciones de cultura popular, la vida cotidiana...⁹

Para la edad moderna existen estos temas y muchos otros. La documentación se enriquece. En ella podemos encontrar el sentir popular, la estructura económica y social del pueblo, las enfermedades, la mortalidad, las alegrías, las formas de extraer la riqueza de los pueblos, la oposición y el respeto al poder, y muchos otros temas. Sin lugar a dudas, en muchos pueblos no existirá una documentación, sí otra, y entre todos podremos conocer más completamente la historia pasada en colectividad. Y, desde luego, encontrar personajes dignos de ser rescatados —tanto o más, que los hijos ilustres locales que marcharon a tierras lejanas—, pues ellos sí son los representantes genuinos de la cultura popular de sus lugares de origen.

La historia contemporánea ha desaparecido de estos libros. Doscientos años pasan por embrujo por sus páginas. En el período que la historia de la Humanidad ha efectuado más cambios que en los dos mil anteriores, los autores reseñados los citan con lugares comunes, postura contradictoria con la detallada historia episódica anterior¹⁰. ¿Existe documentación? Los Archivos Históricos provinciales reúnen fuentes para realizar de cada pueblo de nuestra región unas obras tan gruesas como las comentadas. Hacer su relación haría estas líneas interminables. Existen muchos supervivientes que aportan valiosos testimonios orales.

¿No sucedió nada digno de ser destacado? Este es el verdadero problema, y de nuevo nos volvemos a encontrar con las limitaciones que a estos autores les impone la filosofía historiográfica empleada. Desde nuestro punto de vista de historiador contemporáneo señalaremos: la desamortización, la evolución de los cultivos, la introducción del capitalismo agrario, las nuevas ideologías sociales, los adelantos técnicos y de comunicación, el caciquismo, el papel social de la Iglesia, los resultados electorales, los impuestos, la distribución de la riqueza, la guerra civil, las colectividades agrarias, los primeros años del franquismo, la represión física e ideológica, la emigración masiva, la concentración parcelaria, las organizaciones campesinas, la historia reciente... ¿Ninguno de estos temas se pueden estudiar en nuestros pequeños pueblos? No solamente no lo creemos, sino que es el ámbito ideal para su estudio siempre que se sepan relacionar con otros comarcales, provinciales y nacionales.

Una última reflexión: no he querido hacer mención particular a ningún libro en concreto. No interesa el particularismo, sí por contra, el sentir colectivo que existe en muchos investigadores sobre esta manera desfasada de acercarse a la historia local y que, por otra parte, goza de gran predicamento editorial. Quisiera acabar parafraseando unas palabras del antropólogo C. Geertz, adaptadas a nuestros estudios locales: *los historiadores no estudian pueblos, estudian en ellos*¹; y desde este punto de vista, hacer una historia local digna y moderna, tal como la define Pedro Ruiz Torres,

*que se propusiera, como mínimo, relacionar los individuos y los grupos con las estructuras y los procesos sociales. Un tipo de historia local que, de este modo, no se apartaría del marco histórico general de las teorías y de los procesos sociales, sino simplemente de la historia nacional como punto de referencia —lo que determina el tipo de análisis— sin convertirse a cambio en una suma de historias particulares contrapuestas a una historia nacional*¹². ■

NOTAS

¹ Utilizamos libros publicados durante los años 1993 y 1994: Espadas Burgos, Manuel (dirección y coordinación) y colaboradores: *Historia de Ciudad Real*, CCM-Caja Castilla-La Mancha y Excmo. Ayuntamiento de Ciudad Real, 1993, 339 páginas y diversas ilustraciones en color.

Espinar, Virgilio: *Villarrobledo entre las dos Repúblicas, 1873-1936*, Excmo. Ayuntamiento de Villarrobledo. Biblioteca de Autores y Temas de Villarrobledo, 1993, 209 págs.

García Escribano, Francisco: *Carrascosa de Tajo. Historia, fiestas, costumbres, canciones populares*. Guadalajara, edición del autor, 1993. 231 págs; Herrera Casado, Antonio: *Cifuentes, villa condal*. Guadalajara, AACHE Ediciones, 1993, 141 págs.

Losada Azorín, Alfredo Antonio: *Hellín en su historia. Un municipio en Castilla-La Mancha*. Asociación Cultural «Amigos de Hellín», 1994, 312 págs.

Martínez Gómez, José: *Historia de Ontur*. Hellín, edición del autor, 1993, 222 págs.

Miguel Hernández, José María: *Milmarcos, Crónica de la Villa*. Getafe, edición del autor, 1993, 128 págs.

Pitarte Ferre, Juan: *Boniches y su demarcación histórica*. Diputación de Cuenca, 1994, 253 págs.

En 1995 ha seguido la misma pauta de edición y de características, salvo excepciones.

² No se puede escribir un relato histórico de un pueblo «por falta de acontecimientos relevantes en unas ocasiones, y por la ausencia de pruebas documentales en otras» (Miguel, p. 5). «La documentación manejada condicionó en gran medida los temas y los métodos... las fuentes determinan» (Losada, p. 10).

³ La guerra civil en Cifuentes es expuesta como «destrucciones y muertes que hoy forman parte ya del remoto recuerdo, y que entre todos tratan de olvidar para llegar a la óptima convivencia de unos ciudadanos civilizados» (Herrera, pág. 30), marcando un carácter contradictorio con el planteamiento de la exposición de siglos pasados.

⁴ Losada, en su libro sobre Hellín, intenta cubrir estos aspectos, en la introducción lo sugiere, al final se queda en una historia descriptiva.

⁵ El libro sobre Ontur puede ser ejemplarizador. Se limita, en una bella y costosa edición, a recolectar fuentes donde se menciona el pueblo. Sin ningún análisis que justifique su inclusión.

⁶ «No olvidemos que nuestro suelo es un territorio virgen arqueológicamente hablando, y los descubrimientos que sin duda se producirán en el futuro nos aportarán datos para conseguir lo que pretendemos» (Miguel, pág. 5), sobre Milmarcos. «Todos los documentos de sus archivos municipales y parroquial fueron analizados por este autor (Layna) (Herrera, pág. 10), con respecto a Cifuentes. Un resumen sobre la actitud ante las fuentes las podemos encontrar en las palabras de Manuel Serrano Sanz, reproducidas en la introducción al libro sobre Carrascosa de Tajo: «Al historiador no hay que creerle por sus palabras, sino por los documentos y testimonios en que se apoya» (García, pág. 12), ¿en qué año están escritas estas palabras?, en la respuesta encontraremos la explicación y lectura que se efectúa de las fuentes en esta concepción de la investigación histórica.

⁷ *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik Editores, S.A., 1982, p. 14.

⁸ *Fuentes y métodos de la historia local*, Zamora, 1991, p. 45.

⁹ Estos postulados se siguen en el libro sobre Ciudad Real que mencionamos. Puede ser un buen modelo para otras historias locales.

¹⁰ «Como refleja el gráfico [se refiere al de evolución de la población], entre mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, es cuando mayor esplendor, en este sentido, presenta la villa, alcanzando su mayor número de almas, con un millar aproximadamente». (Miguel, pág. 30). Unas ligeras referencias al comercio y a las fiestas (pág. 77) durante los dos últimos siglos nos ponen en relación con los posibles motivos del incremento de población, pero nada más. Si el esplendor de una población no está en relación con su número de habitantes, ¿de qué esplendor hablamos? Sin embargo, a la heráldica del pueblo (no ponemos en duda su valor histórico) se le dedican 17 páginas (83-99), con gran riqueza de ilustraciones. Parecido es el tratamiento de la historia de Boniches: de 253 páginas, sólo 16 son dedicadas a los siglos XIX y XX. Entre la Tercera Guerra Carlista y el Alzamiento Nacional no sucede nada en el pueblo, y desde los maquis no hay más historia.

¹¹ Citado por Giovanni Levi: «Sobre microhistoria», *Taller d'Historia*, núm. 1 (1993), pág. 4.

¹² «Algunas reflexiones sobre el análisis local y la historia», en *Actes del I Congrés Internacional d'Historia Local de Catalunya*, Barcelona, 1993, p. 60.